

Nuestro Maestro San Miguel

San Miguel fue un hambriento de la Eucaristía. Toda su vida experimentó una devoción extraordinaria para con el misterio del altar. Allí se le contemplaba transfigurado por el éxtasis y elevado por la levitación: Y... ¿quién puede ahí retenerse? replicaba, como para excusarse, un día que se le hacía notar su fervor. Un día así enseñaba: *Conjuntamente con Nuestro Señor, adorar al Padre, alabarle, decirle: ¡Aquí estoy, víctima de amor para gloria vuestra! Este es el fin último de la comunión. Y luego, rogarle que nos conceda su espíritu para vivir de su vida divina. Agradecer al Padre eterno el habernos dado la comunión como el alimento de sus hijos para perfeccionar en nosotros esta cualidad. Tener en cuenta la obligación, después de la comunión, de crecer en virtud. Esforzarnos por obrar como verdaderos hijos de Dios... ¡Padre, me has dado este don por tu Hijo y por tu Espíritu Santo! ¡Cómo me has amado! ¡Qué no te debo, Padre mío, por tan gran don! ¡Oh Padre mío, amarte, obedecerte, imitarte, obrar de una manera digna de tal Padre! {MS 172} ¡Oh Corazón divino, quieres volverte mi corazón! ¡Sí, sí, espacio, viejo corazón, espacio al Corazón de Jesús! ¡Desaparece para siempre, viejo corazón! Has reinado ya demasiado. Toma su lugar, oh Corazón de Jesús, no quiero rehusarte nada. Corta, quema... ¡Concédeme amarte! ¡Es suficiente! Amén {MS 171}*



Padre nuestro, que estás en el corazón de mis hermanos, únenos en ti, por la fuerza de tu Espíritu.
Padre nuestro, santificado sea tu nombre;
sé tu el centro de nuestras vidas,
la norma de nuestros comportamientos.
Padre nuestro, venga a nosotros, reunidos en tu nombre, tu Reino;
tu Reino de amor, de paz, de cercanía.
Hágase tu voluntad, Padre nuestro, en lo profundo de nuestros corazones;
que sea tu voluntad la pasión de nuestra vida y el lazo de unión.
Padre nuestro, danos el pan cotidiano; dánosle hoy.
Danos el pan de tu Palabra para que nos encontremos en diálogo;
danos el Pan de Vida para que nos alimentemos juntos.
Padre nuestro, perdónanos nuestros fallos, nuestras miserias,
y danos un corazón grande que perdone al hermano.
Danos ser hoy servidores de la paz, de la reconciliación y el perdón.
Padre nuestro, no nos dejes caer como comunidad, en tentación.
Danos un corazón abierto a la crisis, a la prueba de cada hermano.
Danos un corazón sensible, capaz de llegar a tiempo en su ayuda.
Y no nos dejes caer en las manos del Malo, del Diablo,
del que divide y dispersa la comunidad. Amén (Mt 6, 9-13).

**Padre
nuestro**

Realización del Padre Daniel R Martín scj



ESPIRITUALIDAD BETHARRAMITA

Jesús nos quiere encarnados en la realidad

Año IV 2000 ~ Nº 7

Eucaristía pan partido y donación plena

La presencia de Jesús resucitado entre nosotros tiene su máxima expresión en la eucaristía, que es —al mismo tiempo— **sacramento y sacrificio, pan partido y donación plena** al Padre para nuestra redención. Su presencia actualiza el misterio pascual de muerte y resurrección, para comunicarse a los creyentes en unidad de vida y en sintonía de vivencias.

El misterio eucarístico se comienza a “entender”, siempre a la luz de la fe, a partir de las palabras y de las vivencias de Cristo. Su presencia (*este es mi Cuerpo... mi Sangre*) es de donación sacrificial (*cuerpo entregado... sangre derramada*), para hacerse vida en nosotros (*tomad y comed... bebed*) {Lc 22, 19-20}. No es la lógica humana la que cuenta, sino las palabras vivas y actuales pronunciadas por quien, *habiendo amado a los suyos, los amó hasta el extremo (Jn 13/1)*.

En la eucaristía celebraremos la Pascua de Cristo, es decir, el misterio de su muerte y glorificación. Sólo a partir de este misterio recobra sentido la vida de la Iglesia y de toda la comunidad humana.

Si los sacramentos son los signos del encuentro, éste tiene lugar principalmente en la eucaristía, celebrada y adorada, como presencia sacramental y sacrificial. Es presencia de donación plena expresada en los signos sacramentales. El Señor se da en sacrificio y se comunica totalmente.

Cada sacramento encuentra su fuente y su punto culminante en la eucaristía, por ser la presencialización del misterio pascual de Cristo. Todos los sacramentos dicen relación a la eucaristía, como punto de partida y de llegada. Es “el sacramento de los sacramentos”, porque *todos los sacramentos están ordenados a éste como a su fin {Santo Tomás}*.

El encuentro con Cristo, que tiene lugar en todos los sacramentos, se convierte en especial actitud relacional y transformante cuando se realiza en la eucaristía. Es entonces cuando son más reales las palabras de Jesús: *soy yo mismo, palpen y vean {Lc 24/39}*.

En toda acción litúrgica se realiza “el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo”, que “está siempre presente en su Iglesia” (SC 7). Cristo se une a los creyentes para que “la cabeza y sus miembros” sean una misma oblación al Padre en el Espíritu Santo (ibídem). En la eucaristía, Cristo se hace pre-

sente como sacrificio y como banquete. Es *nuestra Pascua* (1 Cor 5/7) y nuestro *maná* o *pan de vida* (Jn 6/35 ss), para unirnos a la entrega (oblación) de su vida, de su muerte y de su resurrección. *Nosotros nos convertimos en aquello que recibimos* (San León Magno).

El único sacrificio de Cristo, desde la Encarnación hasta su glorificación, que tiene su punto culminante en la muerte y resurrección, se hace presente en nuestro espacio y en nuestro tiempo por medio de la celebración eucarística. Cristo, Sacerdote, víctima y altar, nos une a su realidad sacerdotal para que podamos celebrar con él y en él la misma oblación. Somos su *complemento* (Ef 1/23) y, consecuentemente, *complementamos* y prolongamos en el tiempo su presencia sacrificial (Col 1/24).

Sólo el ministro ordenado realiza el servicio de presidencia, pronunciando eficazmente las palabras del Señor y obrando en su nombre y persona, como representante de Cristo Esposo. Pero es toda la comunidad eclesial, en cada uno de los creyentes, la que se hace oblación, se ofrece y ofrece (cfr. LG 11). Por esto, la eucaristía continúa en la vida ordinaria por medio de la *comunión* fraterna o donación mutua entre los hermanos. Cuando Jesús instituyó la eucaristía, también instituyó el servicio sacerdotal: *haced esto en memoria mía* (Lc 22/19).

La eucaristía es *fuerza y cumbre de la vida cristiana* (LG 11). Ella *contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, nuestra Pascua* (PO 5). Es, pues, *el compendio y la suma de nuestra fe* (CEC 1327). *La eucaristía construye la Iglesia* (RH 20) y la Iglesia hace posible la Eucaristía.

Los nombres que damos a este sacramento-sacrificio indican diversos aspectos del mismo: eucaristía (acción de gracias), banquete, *fracción del pan* (Act 2, 42), *synaxis* (asamblea), memorial de la pasión y resurrección... En cualquiera de esos aspectos hay que armonizar la presencia, el sacrificio y la comunión sacramental.

La presencia es por la acción del Espíritu Santo en la sustancia del pan y del vino, para transformarlos en el cuerpo y sangre de Jesús (*transustanciación*). El sacrificio es actualización del único sacrificio de Cristo, que ahora él ofrece con la Iglesia. Los frutos de la comunión (en relación con la presencia y el sacrificio) se resumen en la unión con Cristo: *el que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece y yo en él... y vive por mi misma vida* (Jn 6, 56-57). *Quien bebe esta sangre en el sacramento de la eucaristía y permanece en Jesús, queda comprometido en su dinamismo de amor y entrega de la vida, para llevar a la plenitud la vocación de amor, propia de todo hombre* (EV 25).

Al comer del mismo pan, llegamos a ser un mismo cuerpo por la comunión fraterna y eclesial: *porque aún siendo muchos, como un solo pan y un solo cuerpo, pues todos participamos de un solo pan* (1 Cor 10/17). La eucaristía es *el signo de la unidad* (San Agustín SC 47).

El pan y el vino, simbolizados ya en el sacrificio de Melquisedec (Gen

14/18), indican que todo el trabajo y toda la vida humana van pasando, por Cristo, a la realidad definitiva del *cielo nuevo y tierra nueva* (Apoc 21/1). Por esto, al recordar y hacer presente al Señor, *anunciamos su muerte hasta que vuelva* (1 Cor 11/26). Es *la prenda de la vida eterna* (SC 47). Por la eucaristía, todo el cosmos y toda la humanidad ya están pasando a la realidad gloriosa del final de los tiempos.

La invocación del Espíritu Santo (*epiclesis*) recuerda su venida al seno de María, para tomar de ella carne y sangre para el Señor. María dijo el *sí*, como asociada a Cristo Redentor (Lc 1/38). Cuando viene ahora el Espíritu Santo en la celebración eucarística, transforma el pan y el vino en cuerpo y sangre del Señor. *Cuerpo* indica todo el ser humano en su expresión externa. *Sangre* significa la vida humana entera donada en sacrificio. Por esto, Jesús está todo entero en cada una de las especies sacramentales.

A esa nueva venida del Espíritu, la Iglesia, con María y como ella, responde con un *sí*, es decir, con el **amén** final de la oración eucarística. El **Padre nuestro**, la paz y la comunión eucarística indican que es un *sí* en el caminar de una familia de hermanos.

Los dos momentos de la misma celebración eucarística (la liturgia de la palabra y la de la eucaristía) son "un solo acto de culto" (SC 56). **Lo que se anuncia en la celebración de la palabra (el misterio pascual), se hace presente de modo especial en la celebración eucarística.** Esta realidad litúrgica se prolonga en toda la vida cristiana. En este sentido, **la eucaristía no termina nunca, sino que tiende a transformar toda la humanidad en Cuerpo místico de Cristo y en Pueblo sacerdotal** (1 Pe 2, 5-8; Apoc 5/10).

Quien ha encontrado a Cristo presente e inmolado en la eucaristía, espontáneamente busca momentos de adoración y de amistad con él, que sigue presente bajo las especies eucarísticas. **La comunidad eclesial, que ha celebrado la Eucaristía, busca espontáneamente momentos de adoración, reparación y manifestación festiva y ambiental.** La celebración y la adoración de la eucaristía es el momento culminante de la experiencia contemplativa de la Iglesia, porque en ese sacramento-sacrificio-comunión encuentra su verdadera razón de ser: hacerse pan partido como Jesús.

La eucaristía se hace **misión** como encargo de comunicarla a toda la humanidad: *bebed de ella todos, porque ésta es mi sangre de la alianza, que es derramada por muchos (todos) para perdón de los pecados* (Mt 26/28). La comunidad eclesial no es suficientemente madura ni implantada, si la eucaristía no es el centro a donde se orientan todos los ministerios proféticos, culturales y de caridad, porque "los trabajos apostólicos se ordenan a que, una vez hechos hijos de Dios por la fe y el bautismo, todos se reúnan, alaben a Dios en medio de la Iglesia, participen en el sacrificio y coman la cena del Señor" (SC 10). "En el sacramento de la eucaristía, el Salvador, encarnado en el seno de María hace veinte siglos, continúa ofreciéndose a la humanidad como fuente de vida divina" (TMA 55).